

Nadie dijo que sería fácil

Editorial Sial

1

Cuando le di el puñetazo y observé que Martín seguía la escena, supe que acababa de firmar mi expulsión de la Escuela Hogar.

2

El que había recibido el golpe, Ferreira, se había quedado más embobado que si hubiera visto un fantasma. Estaba claro que no esperaba aquella reacción. Su cara de alucine hablaba por sí sola, sin saber qué hacer o qué decir; imagino que por eso no hizo ni dijo nada. ¿Quién lo habría dicho?: ¡Ferreira meándose en los pantalones!

Estábamos en el comedor. Entre el segundo plato y el postre. << ¡Mierda! ¡Hoy toca helado! –fue lo único que me vino a la cabeza. >>

Todos los de la Escuela se encontraban delante, así que yo me mantenía en guardia, con los puños cerrados debajo de la mesa. Esperando la respuesta del portugués, brasileño o de donde narices fuese Ferreira.

La cosa hubiese ido a peor de no ser que Martín ya llevaba bastantes meses con nosotros. Nos conocía bien. Sabía que entre nosotros, a solas, si no nos sentíamos vigilados, podíamos tener muy mala sangre. Que igual que éramos capaces de tirar los cuadros de los pasillos debajo de las camas, atascar las cisternas de los retretes con rollos de papel, romper los interruptores de la luz de una patada, provocar cortocircuitos en los pabellones para que se disparase el automático, lo éramos de arrearnos por cualquier motivo –que el motivo fuese importante a veces era lo menos importante-. ¿Por qué lo hacíamos? Realmente no lo sé. Puede que para vacilar con los colegas de lo valientes que éramos, por presumir de suficiencia, o puede que simplemente no existiese ningún motivo.

Como decía, Martín ya había tenido oportunidad de comprobar algo: cuando los otros muchachos del Centro estaban rondando la escena, el diablo nos envenenaba los puños y muy bien podía darnos por lanzarnos al cuello del capullo de turno con las uñas abiertas, fuese Ferreira, Lozano, Adolfo o el padre que los fundó quien estaba delante. Y después... ¿Quién piensa en lo que vendrá después en un momento así? Lo único claro es que si no mordías te devoraban. Y a Ferreira ya le había consentido darme demasiados bocados.

En fin, el caso es que el curso estaba bien adelantado y Martín ya no era el típico interino que viene de dar clase con niños y que no tiene ni pajolera idea de cómo funcionan las cosas en un sitio de estos. Lo dejó muy claro. Actuó como un rayo, estrujándome de un brazo y arrastrándome fuera del comedor antes de que los de las mesas de al lado ni siquiera se enterasen de que había pelea.

Él comprendía que con tanta gente delante, los veinticuatro internos y los setenta u ochenta del instituto -que únicamente acudían al comedor-, no iba a agachar las orejas y a marcharme como si nada, no podía mostrar miedo; por mucho que interiormente supiera que acababa de cagarla. Ésta es la razón por la que, después de darle muchas vueltas, pienso que Martín tomó la iniciativa y me sacó de allí a todo correr. Todos estaban delante y si él no hubiera hecho algo sabía que lo hubiéramos hecho yo o Ferreira.

Una vez que nos perdimos de vista de los otros me soltó y me pidió con su habitual aire educado que le acompañara. Caminábamos hacia el despacho. Normal.

Creí que ni siquiera se andaría con explicaciones. Que me expulsaría directamente. Total, no era ni más ni menos que lo que habíamos acordado. Él y yo. Bueno, y el Director. Menos mal que no había sido él quien me había pillado dándole la leche a Ferreira, si no, ni me da tregua a que pise la moqueta del despacho; me lleva hasta la puerta de la calle, me da una patada en el culo y me suelta: << ¡Anda y que te aguante tu padre! >>

Ésta que disfrutaba era mi segunda oportunidad.

Después de que me cazaran con la navaja me advirtieron que cuando regresara de mis <<mini-vacaciones>>, a la mínima que hiciera, me expulsarían. Y no para tres días, sino para el resto del curso.

No os imagináis el rebote que se agarró el Director cuando Martín le contó que me había pillado con una navaja. Ocurrió al poco de llegar de Madrid, hace, aproximadamente, cinco meses.

Las cosas en Madrid no funcionaban como por aquí. Bueno, funcionar, lo que se dice funcionar, en todos los sitios se funciona igual; el *Padrenuestro* siempre es el mismo: si no te pones en tu lugar desde el principio, alguien te pondrá en él. Y, entonces, la habrás cagado, porque puedes tener claro que hasta el más rana irá a por ti.

Lo que yo quería decir es que Madrid es diferente a esto. Todos los ríos llevan agua pero no puedes comparar el Amazonas con el Gallo. Todo el mundo sabe que el Amazonas está lleno de pirañas –si por algún infortunio das con tus huesos en él será un milagro que salgas indemne-. Por el contrario, en el Gallo sólo encontrarás inofensivas truchas. Como mucho, algún barbo de dientes pequeños y mandíbula estrecha.

Resumiendo, que lo de la navaja en el calcetín era una práctica habitual en mi instituto de Madrid, sobre todo si eres un pueblerino como yo. No la llevas ahí por ningún motivo especial, sólo por si acaso.

Cualquiera de mi edad y de mi condición con un par de dedos de frente sabe que el primer día en un nuevo instituto con el curso empezado no es el mejor decorado para ir de buen samaritano. Además, ¿quién sabe qué es eso de una Escuela Hogar? Yo no tenía ni remota idea de adónde me estaban metiendo, no era culpa mía que nadie me lo hubiera explicado.

Lo esencial es que pensé: << ¿a quién le puede hacer daño que lleve un trozo de acero en la bota, sólo por si las moscas? >>.

De verdad que yo creía que a nadie. Estaba convencido. Pero al final se rompieron unos cuantos platos y me tocó pagarlos. Vamos, que tuve que enseñarle la empuñadura de cuero a un capullo para frenar sus arranques de caballero de capa y espada con ansias de librar su particular cruzada. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

En realidad no fue el primer día cuando la saqué sino el tercero.

-¡Martín, Martín! –empezó a gritar el pimpollo desde el pasillo; con las pelotas en la garganta.

Me había visto obligado a desenfundarla para pararle los pies al otro, pero el tal Lozano era de los que se aceleraba rápido y el asunto había cobrado miras de acabar mal para él o para mí. O seguramente para los dos. A decir verdad me alegré cuando vi aparecer al maestro.

-Sabes que aquí no puedes estar –se dirigió al otro, que no era interno, con cara seria.

-¡Lleva una navaja!

Por aquel entonces yo conocía poco a Martín pero el color lechoso que se apoderó de su cara al escuchar a Lozano no podía ser cosa normal en él. Ni en él, ni en nadie.

-¿Cómo? –pareció no entender. O no dar crédito.

-¡La ha escondido! ¡Se la acaba de meter en el bolsillo!

<< ¡Será mamón y chivato! –grité para mí. >>

Martín me miró de medio lado, muy parecido a la manera en que lo hace mi padre cuando está a punto de soltar el brazo. Éste no lo hizo pero respiró como diciendo: <<no puede ser verdad>>.

Me sujetó y traté de resistirme.

-¡Eh! ¿Qué haces? –grité-. ¡Tú no puedes regis...!

-¿Qué es esto? –me preguntó al notar me el bulto.

Pero no era una pregunta. O por lo menos él no esperaba una respuesta. Me metió la mano en el bolsillo importándole un bledo mis alegaciones y sacó la navaja.

Respiró con calma un par de veces.

Martín era maestro. Su formación iba dirigida a impartir clases en un aula con niños de Primaria. Tenía veintipocos años y, por lo tanto, escaso rodaje. De hecho, supe más tarde que las Escuelas Hogar son destinos de segunda para los maestros, donde suelen acabar los interinos sin experiencia. Por aquellos días llevaba tres semanas en el puesto y cuando suspiró supe lo que estaba pensando: << ¿Pero dónde me he metido? >>.

5

Mi padre abandonó a mi madre -no a la arpía que vive con nosotros ahora en el pueblucho, sino a la de verdad, la biológica- por una mujer con la que no duró ni dos años. Fue cuando nos arrastró a mi hermano mayor y a mí a vivir a Madrid. Mi

hermana, de cuatro años recién cumplidos, se quedó en el pueblo con mi madre y el comienzo de su enclaustramiento; pasaban semanas enteras sin que asomara a la puerta de la calle.

Estoy convencido de que mi padre no quería a la mujer que nos dio techo en Madrid. Que no quería a mi madre ya lo sabía, pero que me corten un brazo si sentía algo por la nueva.

La desafortunada era enana, fea y gorda. Si digo esto de desafortunada era porque mi viejo era un desagradecido de nacimiento. La única forma de dar las gracias que conocía era lanzando la mano cuando el comentario de turno de su compañera, o el de su hijo, no era de su gusto. O cuando una copa de vino daba paso a otras cuatro. O cuando su sueldo de peón de albañil llegaba tarde y no podía comprarse sus farias. O, ya os he dicho que no es mi intención engañaros, cuando a él le venía en gana.

Estando así el panorama, los comentarios en mi casa –tanto en el pueblo primero, como luego en Madrid- no solían ir más allá de los monosílabos que, la enana, mi hermano y yo, soltábamos para responder cuando al viejo se le ocurría preguntar. A pesar de que no escatimaba en precauciones, no pasaba una semana sin que mi padre me corrigiera con algún guantazo.

Y si no tenía bastante con los tortazos del viejo, también me tocaba aguantar a la enana, que era una bruja de cuidado. En aquel tiempo yo tenía once años y ella le sacaba partido a la situación. Me hubiera gustado echarme en cara a esa lagarta ahora, con trece, le habría dicho yo lo que podía hacer con la escoba... En fin, tampoco es cuestión torturarse con lo que pudo ser y no fue: voy al grano. Además de los ocasionales bofetones –y es que de lo que se ve se aprende, y con mi padre los bofetones era lo único de lo que uno no andaba escaso-, la muy pendenciera, le tomó el gusto a estrellar el palo de la escoba contra mis costillas cada vez que consideraba de justicia.

Fue uno de los momentos más felices de mi vida cuando a mediados del otoño pasado, mi viejo, dijo que había roto con su novia y que nos mudábamos. Explicó que había encontrado trabajo de capataz en una finca, aunque había al menos una razón más, un nuevo asunto de faldas, pero ya habrá tiempo más adelante para hablar de eso.

Mi hermano ya había cumplido los diecinueve y mi padre le dio a elegir. A éste le había salido curro de albañil, y dijo que él no se movía de Madrid. Normal.

Mis orígenes estaban en un pueblo, pero en un pueblo grande, como Dios manda. El primer día que vi la aldea a la que me había llevado mi viejo supe que en aquel sitio me iba a morir de asco.

Pero ya habrá tiempo de hablaros sobre eso, antes os contaré cómo terminó el asunto de la navaja.

6

-¿De dónde la has sacado?

-Me la he encontrado.

-¿Y se puede saber dónde?

-En el mercado –por el momento mantenía a raya el pánico.

Risita irónica de Martín. Comenzó a avasallarme al poco de cerrar la puerta. Eso sí, primero aguardó medio minuto en silencio y estudiándome con la mirada. Los dos permanecíamos de pie.

-¿La has robado de algún puesto? –prosiguió.

-Ya te he dicho que me la he encontrado. Estaba en el suelo y la cogí, ¿vale? –al decir esto me atrevía a mirarle a la cara. Sólo un segundo. Él arrugó las cejas.

-¿Y qué hacías en el mercado en horario de clase?

-Ha faltado un profesor.

Martín se quedó callado y me miró fijamente. Como valorando qué iba a hacer conmigo.

-Siéntate -dijo finalmente. Obedecí sin dudarle. Sentía las piernas como alambres a punto de doblarse.

Otro silencio eterno.

-¿Qué pretendías hacer con ella? ¿Clavársela al otro chico?

Me asustó que dijera esto con tanta calma.

-Sólo se la enseñé, sin llegar a abrirla.

-Él no dice eso.

-Me da igual lo que diga. Yo no la abrí –lo cierto es que sí lo hice. Tuve que abrirla para que Lozano dejara de vacilarme.

-Así que apenas se la enseñaste.

-Se estaba pasando conmigo, sólo quería pararle los pasos.

-Bien –continuó Martín mientras se sentaba a mi lado-. Supongamos que no has llegado a abrirla. Pero, ¿qué habría pasado si yo no hubiera aparecido? Pensabas que se

detendría al verla, que se marcharía con la cola entre las piernas. Pero, ¿si no, qué alternativa le dejabas? ¿Qué habría pasado si Lozano se hubiera envalentonado? La habrías abierto, ¿verdad...? En una situación así ya no puedes echarte atrás. Tú la abres, y él, lejos de acobardarse, se te echa encima. Vamos. Piénsalo. ¿Qué habría pasado entonces?

<<-¿Quién sabe? –faltó poco para que dijera. Sin embargo, me di cuenta de lo que podría haber pasado y me mordí la lengua. >>

Martín no había apartado la mirada de mis ojos en todo el rato. Temí que viera a través de mis pupilas verdes que estaba acojonado.

-Podrías haberos hecho mucho daño, ¿sabes? –dijo pasados unos instantes-. Cualquiera de los dos. Tú o él. Me da igual.

<<Tú o él. Me da igual>>. Creo que fue esta frase la que, luego, durante los tres días de expulsión, o mejor dicho, durante las tres jodidas jornadas en el monte con el asqueroso ganado, me hizo pensar en algunas cosas.

Martín siguió soltándome el rollo durante un buen rato. Yo apenas le conocía por aquel entonces, pero ese día empecé a darme cuenta de que le da al palique que da gusto, más aún cuando te las ves a solas con él. Una vez que se ponía a hablar ya no había quien le parara. Estuvo más de media hora sin cesar. Aunque ya me hubiera gustado seguir con su retahíla hasta que se le hubiera quedado la garganta seca. Eso no era nada comparado con lo que se avecinaba. De momento sólo habían caído unas cuantas gotas. El grueso de la tormenta estaba por venir.

No debía faltarle mucho al sermón de Martín, que había girado hacia los conflictos y las decisiones de la juventud que pueden cambiar tu vida y que hay que evitar a toda costa, cuando llegó el Director.

De pronto, la puerta se abrió y el jaleo del comedor se coló en el despacho; y mezclado con el jaleo, también entró el Director.

-¿Qué ha pasado? -fue lo primero que preguntó.

Y Martín le contó, ni más ni menos, lo que había pasado.

Ya dije que Madrid no tenía nada que ver con el pueblucho de sierra donde estaba la Escuela Hogar. Con tres mil míseros habitantes era el mayor centro urbano en cincuenta kilómetros a la redonda; ¿os podéis imaginar? Y eso no era lo peor. En aquel sitio sólo es donde se encontraban el instituto y la Escuela Hogar. Yo ni siquiera vivía allí.

En la asquerosa aldea donde nos habíamos instalado mi padre, su nueva querida y yo, no llegábamos a doscientas almas, lo que suponía que de mi edad –casi catorce años- estábamos cuatro. Literalmente. Dos *tías* y un *tío*.

Los padres de ellas eran pastores a mayor ocupación, como el mío. Puedo dar fe de que, aunque estemos en el siglo veintiuno, por estas tierras todavía abundan los que se dedican a cuidar ovejas, cabras, vacas o cualquier otro bicho de cuatro patas que pueda procurar beneficio alguno. Con ellas no había cruzado palabra pero las dos *pavas* eran unas pijas a todas luces. Como lo oís. Sus padres pastores y ellas siempre pintadas hasta el tuétano, hinchadas a caprichos, enganchadas a piñón en el *chat* y luciendo modelitos día sí y día también. Se me revuelven las tripas sólo de pensarlo.

El otro de mi edad era un muermo que jugaba fatal al fútbol y que exclusivamente veía algún viernes en las pistas. Su padre trabajaba en el único banco del pueblo y los fines de semana los dedicaba a estudiar matemáticas con Nacho, que era como se llamaba el *parao* de su hijo. En lo que coincidían Nacho y las otras dos era en que estudiaban en un internado. Pero no en mi Escuela Hogar -sus padres optaban por la enseñanza privada, aunque sólo lo hicieran por aparentar-, sino en Madrid, que se encontraba a dos horas más de viaje. ¿Dónde se ha visto cosa igual?

En otras cosas los envidiaba, lo reconozco. Por ejemplo, ellos podían salir los sábados por la noche sin necesidad de escaparse a hurtadillas de casa. Pues aunque tenía menos escrúpulos que el apóstol que vendió a Cristo, mi viejo se las daba de religioso y de doctrina severa y me recordaba con puntualidad suiza que después de la cena tenía totalmente prohibido salir de casa.

-Eso de trasnochar es para gente de mal vivir –se justificaba.

<<No sé cuando puedo dar una vuelta entonces -esto sólo lo decía para mí, claro. A ver quién era el valiente que se atrevía a abrir la boca-. ¡Si me tienes todo el fin de semana con el ganado monte arriba y monte abajo! ¡Menudo cabrón! –me atrevía a pensar. >>

A pesar de su prohibición, los días que conseguía escaquear unos cigarrillos del paquete del viejo y librar la ventana de mi dormitorio, me bajaba a la explanada del río a mirar las estrellas entre calada y calada.

8

El Director era un tipo de estatura media, barrigón, de ojos saltones que jamás parpadeaban y paso firme.

Entre otras diferencias que saltaban a la vista, el Director apostaba mucho menos por el parloteo que Martín. En realidad, sólo con una frase resumió toda la charla de su colega.

-¿Llevas tres días aquí y ya vienes con éstas?

No dije nada a eso. ¿Qué podía decir?

Total, al cabo de una breve pero intensa bronca, me dijo que tenían que pensar qué hacían conmigo por portar un arma blanca, pero que de momento estaría dos semanas sin salida de tardes al pueblo.

-Vete a terminar de comer, ya hablaré contigo.

<< ¡Pero si ni siquiera había empezado a comer, so-memo! –me dije. >>

El caso es que los macarrones se habían enfriado y ya no quedaban plátanos. Odiaba los kiwis, así que pasé del postre.

Fue media hora después cuando se me acercó el Director y me dijo que me iban a expulsar tres días, y que a la mínima que hiciera a mi regreso ya me podía ir despidiendo de la Escuela Hogar para los restos de mi vida.

Luego, a solas, Martín me soltó:

-Entiendo tu situación, pero no puedes seguir en este plan.

Dudaba de que Martín conociera mi situación e imaginé que se las estaba dando de adivino conmigo. Tampoco sabía muy bien a qué plan se refería. De lo que no tenía ninguna duda era de que no me veía con fuerzas para vivir siete días a la semana en la aldea junto a una madrastra embarazada que pasaba olímpicamente de ser mi madre y con el tirano de mi viejo.

Si me esforcé después por cumplir las normas que me decían que tenía que cumplir para seguir en la Escuela Hogar, únicamente fue porque así, por lo menos de lunes a viernes, podría tener una vida lejos de ellos.

9

Sí. Sí. Ya sé que me he ido un poco por las ramas y que entre unas cosas y otras todavía no os he contado cómo terminó el asunto del puñetazo a Ferreira.

En aquella ocasión todo fue desconcertante de principio a fin. Cuando Martín cerró la puerta del despacho no guardó uno de sus acostumbrados silencios. Qué va. En la única vez que me atreví a despegar los ojos del suelo me percaté de su cara enrojecida de cólera.

-¡Joder! –habían transcurrido cinco meses desde lo de la navaja y nunca en ese tiempo había oído a Martín soltar un taco, ni siquiera uno tan minúsculo como éste-. ¡No hay quien te conozca últimamente! No recoges la mesa, le haces la vida imposible a los pequeños, estás siempre de discusiones con los mayores..., y ahora esto; ¿Qué se supone que debo hacer yo? ¿Dejarte que les sigas atizando a los pequeños!?

-Ferreira sólo tiene dos años menos que yo, ya sabe muy bien lo que hace –fue lo único que se me ocurrió decir.

-¡Eso te parece una excusa! –elevó el tono.

Después del grito, Martín desvió la mirada, respiró hondo varias veces y, finalmente, colocó una silla a mi lado y se sentó. Permaneció en silencio casi un minuto. Cuando volvió a hablar lo hizo con muchísima calma.

-A ver, has tenido alguna pelea en el instituto o con alguno de los de aquí.

Moví la cabeza de izquierda a derecha.

-¿No se habrá metido otra vez Adolfo contigo?

Meneé la cabeza.

<< -Últimamente ya no me dice nada. >>

Esto lo dije para mí. Lo cierto era que desde que colé el gol que metió al equipo de la Escuela Hogar en los cuartos de final del campeonato del instituto, Adolfo había optado por amargar la existencia a otros.

-¿Entonces? –insistió Martín-. Desde que te expulsamos por lo de la navaja no habías creado ni un ruido; cumples con tus obligaciones en la limpieza de la Escuela, vuelves puntual de las salidas de la tarde, tus notas en el instituto han mejorado... Para ser sincero, no creía que nadie pudiera cambiar como tú lo has hecho en este tiempo. Y de pronto, por alguna misteriosa razón, en quince días discutes con Emilio –comenzó a enumerar con los dedos de una mano-, te llaman la atención en el comedor por no recoger, comienzas broncas en los partidos, te cargas el fluorescente del dormitorio por jugar con las zapatillas de Axel...

-Eso fue por Arturo, yo sólo...

-Arturo te lanzaba la zapatilla de Axel y tú se la lanzabas a Arturo. Entretanto, el niño de ocho años corriendo pabellón arriba, pabellón abajo. De verdad que no le veo la gracia por ningún sitio. Rompiste tú el fluorescente igual que lo podía haber roto Arturo, pero el caso es que lo rompiste tú.

Tuve que callarme. Así fue exactamente como ocurrió. Además, bastante ocupada tenía yo la cabeza pensando en la que se me venía encima. Si por haber roto el fluorescente me habían caído dos semanas leyendo El Quijote y sin salidas, por el puñetazo a Ferreira..., pues eso, -concluí interiormente- la expulsión. No me costó ningún esfuerzo verme con un ojo hinchado y paseando el ganado del redil al monte y del monte al redil.

-¿Tú dirás a qué ha venido el puñetazo? Porque a mí desde luego me ha dejado de piedra.

Permanecí en silencio. Sólo esperaba a que me dijera que estaba expulsado para poder largarme a algún sitio donde estar solo.

-¿Te ha pasado algo este fin de semana en tu pueblo?

Meneé la cabeza.

-Imagino que allí habrá chicos de tu edad.

-No muchos.

-¿Qué soléis hacer allí los fines de semana?

Me encogí de hombros.

-Digo yo que haréis algo para divertirlos; ir a ver películas, algún deporte, al bar, a pescar, a buscar nidos...

Lo de los nidos me hizo bastante gracia. Sin embargo, ni sonreí.

-Yo no salgo los fines de semana.

-¿Y eso?

-A mi padre no le gusta que salga por las noches.

-¿Y por las tardes?

-Los sábados y los domingos tengo que ayudarle todo el día con el ganado.

Martín parecía haberse olvidado del puñetazo.

-¿Cuándo sales de casa entonces?

-Algunos viernes por la tarde bajo a las pistas y aprovecho para dar unos toques con unos críos que suelen estar allí jugando a la pelota.

No vi razón para no decirle la verdad.

Lo cierto es que Martín, para ser maestro, no era un mal tipo. Tenía sus arranques de mala leche, como casi todos los del gremio, pero solía ir de cara e intentaba medirnos a todos con la misma vara –ya tuvieras el pelo más corto o más largo, ya fueras más rubio o más moreno-, y esto no era poco. Además, creo que ya os he dicho que Martín acumulaba poca experiencia en eso de evitar que las nuevas generaciones crecieran torcidas, todavía no había tenido tiempo de darse cuenta que lidiar con nosotros tenía tanto mérito como hacerlo con un morlaco de quinientos kilos. Personalmente no sé qué me daría más miedo, encarar a un bicho de esos, zaino y astifino, o a treinta de mi generación, encerrado con ellos seis horas entre cuatro paredes cada día. Se dice pronto.

Mientras yo andaba perdido entre estos pensamientos, Martín no había parado de acariciarse el cuello y la barbilla, como si de repente hubiera empezado a picarle la barba; una incipiente barba de dos días, cerrada y negra. Ya no me miraba a mí, sino a la ventana, tal vez esperando a que apareciera alguien al otro lado del cristal para aclararle qué tenía que hacer conmigo.

-Con el reglamento en la mano tendría que expulsarte –dijo al rato-. Otros no se lo pensarían dos veces.

Yo me di cuenta a la perfección de que con ese <<otros>> se refería al Director. Me constaba que este último no se habría andado con tantos rodeos, sobre todo después de su advertencia tras el episodio del fluorescente y con el antecedente de la navaja.

-Espero que aproveches una segunda oportunidad, ya que no habrá más. Puedes marcharte –concluyó.

Tardé un poco en levantarme de la silla pues lo último que me esperaba era que Martín me dejara marchar sin el mínimo castigo.

Aquella fue la primera vez que pensé que, a veces, el comportamiento de las personas es todo un misterio. Da igual cuánto las conozcas.

Recuerdo que lo del puñetazo fue un miércoles porque al día siguiente nevó y..., cundió el pánico. A pesar de que a primera vista alguien puede pensar que lo uno poco tiene que ver con lo otro, si estás interno en mi Residencia Escolar –o en cualquier otra– pronto ves una clara relación.

El dato es que amanecemos con un palmo de nieve cubriéndolo todo; tejados, árboles, coches, calles y, obviamente, las carreteras tampoco se libraron.

Pasada la emoción inicial, presa de la cual nos cosimos a bolazos de nieve camino del instituto y nos rebozamos en la sustancia blanca igual que merluzas en harina, o mejor decir merluzos, pues luego estuvimos calados el resto de la mañana, Laura, que para ganas de irse a su pueblo los fines de semana no hay quien le gane, cayó en el detalle.

Aquella mañana las aulas estaban medio vacías.

-Normal –le dije yo-, como no vengan en helicóptero ya me explicarás cómo se las van a apañar.

La verdad es que no había que ser ningún genio para llegar a esta conclusión. La mitad de los que vienen al instituto son de los pueblos cercanos y viajan con el transporte escolar cada día. Y entre la que había caído y lo retorcido de las carreteras de la zona, estaba el día para jugársela con un autobús. Si hubiera sido para ir de excursión al Parque de Atracciones todavía, pero, ¿a quién le apetece ser víctima de un accidente fatal por intentar llegar al instituto?

-Si los autobuses no han podido salir hoy de los garajes, ¿cómo nos vamos a ir mañana al pueblo? –planteó Laura.

Me encogí de hombros. Aunque a mí por aquel entonces apenas me importaba lo que fuera a hacer o a dejar de hacer al día siguiente, a Laura, su propia pregunta la había dejado bastante aturdida.

-Me da que este fin de semana os va a tocar quedaros en la Escuela Hogar–intervino Abel, mi compañero de pupitre.

-Antes muerta que pasar en esta mierda de pueblo un fin de semana entero.

El humor agrio de Laura no era ningún secreto en clase, así que el otro no se ofendió por el comentario del pueblo que lo había visto crecer.

-Si os quedáis el fin de semana en la Escuela podemos salir el sábado, veréis que ambientazo hay por aquí los fines de semana... Y por cierto, niñata, a ver si te enteras de que este pueblo es diez veces más grande que el tuyo.

-Mira que eres ignorante –se escudó ella, ofendida-. ¡Sabrás tú lo bien que me lo paso yo en mi pueblo!

-Cualquiera diría que tenéis en Villeduero la discoteca más grande de España.

-Sabía que eras subnormal, pero...

-Ya vale Laura. A ver si ahora va a tener él la culpa de que haya nevado –la interrumpí-. Anda, date una vuelta a ver que se cuentan Mariapi y Ana –la animé con un empujoncito.

-Y tú no me toques, *Tiznao* de mierda –soltó aún antes de desaparecer.

-¿Por qué te ha llamado así esa retrasada? –dijo mi compañero de pupitre cuando se esfumó Laura.

Creo que es de justicia señalar que Abel era de origen árabe, marroquí para mayor seña, y de Tánger para los que les guste conocer los detalles, algo que medianamente justificaba su repentina cara de odio. Valoraciones subjetivas aparte, el bronceado de mi piel estaba por encima de la media; incluso en invierno. Durante el verano no era difícil confundirme con un refugiado saharauí.

-En la Escuela Hogar me llaman el Tiznao –expliqué a mi compañero-. Lo de, <<de mierda>>, ha sido una aportación de la casa –le di un golpe en el hombro-. No la mires así, hombre. Cuando se pone en plan contestón es mejor dejarla. Además, hay motes mucho peores que ése.

Aunque Abel no pareció estar muy de acuerdo con mi último comentario, aparcó la conversación en ese punto y empezó a sacar los libros.